

LA CULTURA ADVERSARIA EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

OSCAR MERTZ Z.

I. *Introducción*

Al profetizar la autodestrucción del capitalismo y anunciar como causa de este fenómeno la exacerbación de las contradicciones económicas propias del sistema, Marx dio origen a un debate sobre las causas probables de esta disolución. Pensó que el proletariado industrial era la clase revolucionaria que cumpliría con la misión histórica de superar el sistema capitalista, a través de la creación de una sociedad socialista. Parece indudable que Marx creyó que ésta se caracterizaría por una perfecta unidad, en la cual los conflictos de interés desaparecerían con la eliminación de su causa económica, es decir, de la propiedad privada. Además, creyó que no serían necesarias las instituciones políticas burguesas que inevitablemente dan origen a una burocracia que actúa según sus propios intereses.

Sin embargo la revolución bolchevique demostró que el partido triunfante no pudo evitar la formación de una nueva casta burocrática que monopolizó el poder estatal.

En relación con este fenómeno, surge la discusión de la "nueva clase", es decir, si "clase" es el concepto apropiado para designar a la casta gobernante en la Unión Soviética y en otros países socialistas. El problema alcanzó notoriedad en 1957, cuando Miloran Djilas publicó el libro titulado *La Nueva Clase*, pero como señala Kolakoswki, la discusión se remonta a los tiempos de Marx.¹

Por ejemplo, los anarquistas, especialmente Bakunin, advirtieron que la organización de la sociedad, de acuerdo con las ideas de Marx, daría origen a nuevas clases privilegiadas. Esta crítica se funda en el hecho de que en toda sociedad en que existen desigualdades de ingreso y una alta correlación entre educación y status social, los hijos de las clases educadas tienen mayores posibilidades de ocupar posiciones elevadas en la jerarquía social.

Los críticos marxistas de la revolución rusa señalaron desde un comienzo que en ese país se estaba estableciendo un nuevo sistema de privilegios, de desigualdad y despotismo. En este contexto, el concepto de

“nueva clase” ya fue usado por Kautsky en 1919. Del mismo modo, Dijas argumenta que los privilegios de que goza la clase gobernante socialista se fundan en el monopolio del poder ejercido por ella.

En suma, los críticos revisionistas del sistema soviético afirman que en la URSS existe una nueva clase explotadora cuya posición está determinada por la concentración total del poder político, económico y militar, y cuya ideología marxista es un mero instrumento que justifica su dominio.

En los últimos años el tema ha alcanzado nuevamente cierta notoriedad en la literatura neoconservadora, con el establecimiento de la hipótesis de que la sociedad posindustrial ha generado una numerosa clase intelectual —la “nueva clase”—, cuya cultura corroe los fundamentos valóricos del capitalismo. La paternidad de esta hipótesis es generalmente atribuida a Joseph Schumpeter, quien, en 1942, la expuso en su famoso libro *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Allí, Schumpeter no sólo discute el argumento económico elaborado por Marx, sino que se explaya sobre las transformaciones sociales y culturales que el desarrollo capitalista produce en la sociedad burguesa. En síntesis, Schumpeter afirma que el sistema capitalista promueve una actitud racional crítica que se vuelve contra el mismo sistema social que la hace posible, y que este proceso es acelerado por la creación de un vasto número de intelectuales que tienen “un interés creado en el desorden social”.²

Para Schumpeter, los intelectuales no constituyen una clase social en el sentido en que la constituyen campesinos u obreros industriales. Sin embargo, en su opinión, los intelectuales desarrollan actitudes e intereses de grupo que son lo suficientemente fuertes como para influir el comportamiento de muchos de ellos en una forma que está normalmente asociada al concepto de clase social. Schumpeter describe a los intelectuales como aquellas personas que ejercen el poder de la palabra, careciendo, sin embargo, de un conocimiento de primera fuente y de una responsabilidad directa sobre asuntos prácticos. Este grupo se acrecienta con la vigorosa expansión del aparato educacional, pero, según Schumpeter, tal incremento supera las posibilidades de empleo, creando condiciones de desempleo seccional o un empleo que no responde a las expectativas de los intelectuales. Lo anterior crea descontento y resentimiento, que son racionalizados en términos de crítica social. En mi opinión, esta descripción del intelectual descontento contiene ya en Schumpeter una ambigüedad que no se resuelve en la literatura pertinente, y que se refiere, por un lado, a la definición del grupo como clase social, y por otro, a la caracterización primariamente cultural del fenómeno de la cultura adversaria.

Lionel Trilling marca un nuevo hito en este debate al popularizar el término de “cultura adversaria”.³ Trilling, en las postrimerías de una larga y exitosa carrera en el campo de la crítica literaria, publica, en 1950, una colección de ensayos, anteponiéndole un prólogo que proporciona una visión general de la literatura contemporánea, una de cuyas caracte-

rísticas, según Trilling, es el rechazo a los valores tradicionales y el establecimiento de un nuevo conjunto de valores, adversarios de los primeros.

El mismo tema es retomado por Daniel Bell, en su libro *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo*,⁴ obra que ha inspirado más directamente el debate neoconservador sobre la cultura adversaria y el análisis sobre el surgimiento de la llamada nueva clase.

En el presente trabajo distingo dos tipos de interpretación del fenómeno de la nueva clase. El primer tipo, que podría llamarse interpretación sociológica, enfatiza el valor explicativo de algunos fenómenos sociales emergentes para una adecuada comprensión de la cultura adversaria. Por ello, en un primer capítulo expongo los resultados más relevantes de las investigaciones hechas por Seymour M. Lipset y Everett C. Ladd, por estimar que son los exponentes más representativos del tipo de interpretación sociológica. El segundo tipo de interpretación, al que dedico el segundo capítulo, concede prioridad a los factores culturales para el análisis de la nueva clase sobre la base de los escritos de Daniel Bell y Jeane Kirkpatrick.

II. *La nueva clase desde el punto de vista sociológico*

Seymour M. Lipset explica que los enfoques relativos a la desigualdad social difieren en la medida en que enfatizan el cambio o la estabilidad en el sistema social.⁵ Señala que los reformistas consideran que la desigualdad social y las diferencias de clases sociales son las causas del cambio social, en tanto que los teóricos conservadores tratan de justificar un orden social dado, demostrando las funciones de la jerarquía en todos los sistemas sociales. Argumenta, además, que la preocupación por el cambio social, en general, se asocia con el interés en las clases sociales, las que se supone actúan políticamente como agentes del cambio, en tanto que a aquellos que hacen hincapié en la base funcional de la desigualdad les interesan la estratificación social y los propósitos servidos por compensaciones diferenciales.

De acuerdo con Lipset, los que utilizan el concepto de clase social para interpretar la dinámica del cambio social suponen que la creación de nuevas funciones ocupacionales o económicas con frecuencia son el resultado de la aparición de grupos que inicialmente estaban fuera del sistema jerárquico tradicional. A medida que estos nuevos grupos procuran estabilizar su posición dentro de la sociedad, entran en conflicto con estratos antiguos y privilegiados, cuyo status, recursos económicos o poder pretenden obtener. A menudo los nuevos grupos también desarrollan conjuntos de valores tanto seculares como religiosos, que mejoran su posición, socavando la estabilidad del antiguo sistema de valores y la estructura de privilegios que justificaban.

La caracterización de Lipset con respecto del surgimiento de nuevas clases sirve de fundamento para la interpretación neoconservadora en el sentido de que grandes cantidades de personas con educación universita-

ria, que trabajan con símbolos, están emergiendo como una "nueva clase" de intelectuales y reformistas radicales armados de una ideología igualitaria que cuestiona la legitimidad de la sociedad tradicional y sus estructuras gobernantes. Los analistas neoconservadores se preguntan acerca de las causas de este rechazo al statu quo por parte de los intelectuales rebeldes, interrogantes que aparentemente conducen a la conclusión paradójica de que los intelectuales, dado sus ingresos y status, no tienen una razón manifiesta para sentirse frustrados.

Sin embargo, cualquier intento por definir a la "nueva clase" con mayor precisión, tropieza con varias dificultades. Una de ellas se refiere a la necesidad de definir "clase social" en términos de conciencia de clase, uno de los atributos que la distingue de un estrato social.

Las teorías sobre clase social se pueden clasificar según el principio de estratificación que utilicen. La teoría marxista afirma que la función primaria de la organización social es la satisfacción de las necesidades básicas del ser humano y que, por lo tanto, el sistema productivo es el núcleo alrededor del cual se organizan otros elementos de la sociedad. La sociología contemporánea, sin embargo, hace más bien hincapié en la distribución del sistema, cuyos componentes de estratificación son el status y el prestigio.

Asumiendo la primacía de la producción, la doctrina marxista define a la clase como cualquier conjunto de personas que cumple una misma función en el mecanismo de la producción. A pesar de que Marx diferenció las clases en términos objetivos, su interés primario era la comprensión de las circunstancias en que emerge la conciencia de clase. Según Marx, si un grupo tiene un conjunto de características objetivas en común, pero no cuenta con los medios necesarios para adquirir conciencia de clase, ese grupo no podrá desempeñar el papel de clase históricamente significativa. Marx, además, no prevé un alto grado de correlación entre posición objetiva de clase y conciencia subjetiva de clase en épocas normales, pero da por sentado que surgirá una clara manifestación de conciencia de clase en cualquier sociedad dada que esté en medio de una revolución.

Uno de los problemas más serios de la teoría marxista de clases, como también del análisis de clases en general, es la predicción del comportamiento. El análisis marxista, como toda teoría monocausalista, puede ubicar objetivamente a un miembro de una clase, pero esto, por lo general, nos dice muy poco acerca de los conceptos subjetivos correlativos de posición de clases, tales como perspectiva social, actitudes, etc. A pesar de que Marx nunca dio por sentada la existencia de una relación causal entre posición social y actitudes de los miembros de una clase, creía que las condiciones comunes de existencia establecían la base necesaria para el desarrollo de actitudes comunes de una clase, pero que en cualquier momento pueden darse algunas discrepancias entre posiciones y actitudes de clase.

Irving Louis Horowitz advierte el mismo problema cuando discute la hipótesis de la "nueva clase". Sostiene que "ha habido pocos intentos

serios de correlacionar la pertenencia a la nueva clase con problemas específicos de comportamiento".⁶ Y agrega que "precisamente en cuanto al grado de predicción se refiere, la teoría sobre la nueva clase es vulnerable, porque no son sólo los ingresos y las ocupaciones lo que está en juego, sino también los comportamientos específicos que presumiblemente se pueden inferir a partir de afiliaciones específicas de clase. De este modo, se destruye la teoría de la nueva clase, al igual que la antigua teoría sobre clases que pretende sustituir. Precisamente la incapacidad para hacer inferencias grandiosas del comportamiento a partir de la afiliación, representa el talón de Aquiles de los teóricos de la nueva clase".⁷

El juicio de Horowitz es concluyente en cuanto señala la imposibilidad de establecer una relación causal entre clase y comportamiento. Sin embargo, lo anterior no excluye la posibilidad de que exista alguna correlación entre clase y actitudes. Por lo tanto, es necesario analizar la posibilidad de que se pueda establecer una estrecha correlación entre altos niveles de educación y cultura adversaria.

Horowitz sostiene que "así como la cultura adversaria está atareada trabajando para socavar la ética protestante y la civilización comercial, también un número igual de nuevos disidentes está trabajando en la defensa del sistema económico y del orden social".⁸ Sin embargo, la información disponible indica que los intelectuales conservadores y radicales no están representados en igual cantidad, sino que una gran mayoría de los que poseen un alto nivel de educación comparten los valores de la nueva clase. Pero Horowitz afirma infundadamente que los miembros de la nueva clase están divididos en números iguales, y concluye que este "hecho" socava la noción de nueva clase, y restablece la idea clásica del marxismo: que el aparato cultural revela la existencia de diversas clases, pero que no es en sí lo que determina las tendencias culturales. La doctrina neoconservadora, en cambio, señala que la cultura es una variable independiente, que marca tendencias y que existe actualmente una cultura adversaria que socava los valores de la tradición liberal clásica. En mi opinión, no es posible someter la noción de nueva clase al análisis marxista, por cuanto toma en consideración las complejidades de la estratificación tal como son analizadas por Weber.⁹

Max Weber pensó que los intereses económicos constituyen un caso especial dentro de una categoría más amplia de valores, y procuró, por lo tanto, distinguir las diversas causas de diferenciación jerárquica. Para Weber, clase y status son las dos jerarquías más importantes. Usa el concepto de clase para designar la estratificación determinada económicamente, y define clase como un conjunto de personas que han vivido experiencias comunes, determinadas por su capacidad para disponer de bienes y por sus habilidades para obtener ingresos. Pero, para Weber, el aspecto crucial de una situación de clase no es la producción, sino, en último término, la situación de mercado.

A Weber, tal como a Marx, le inquietan las condiciones bajo las cuales surge la conciencia de clase. Pero, a su juicio, no existen formas únicas de conciencia de clase. Más bien la pregunta empírica específica es

qué grupos desarrollan una conciencia de intereses comunes, opuestos a aquellos de otro grupo. Para Weber, el contenido del concepto de conciencia de clase depende en gran medida de la cultura general de la sociedad y, en particular, del conjunto de ideas intelectuales de moda dentro de ella.

La segunda dimensión importante de la estratificación, el status, tiene relación con la calidad de la interacción percibida. Weber define el status como una estimación positiva o negativa del honor o del prestigio, recibida por los individuos o posiciones. Weber sostiene que como el status es manifiesto, es más probable que la conciencia de clase esté ligada a la diferenciación de status que a la de clase. Esto quiere decir que los grupos de un mismo nivel social tienden a apoyar aquellas actividades que les permitan acrecentar su status, y también valores e instituciones que aparentemente les sirven para perpetuar su condición. Weber considera importante a la clase económica, principalmente porque la percibe como un medio para adquirir status, pero afirma que las personas privilegiadas intentan separar el status de la clase, enfatizando los atributos del status —tales como el origen familiar, la educación y otros— que son más estables que la riqueza económica.

De acuerdo a esta formulación, es comprensible que los miembros de la nueva clase estén seriamente preocupados por la educación de su prole, tal como lo señala la literatura neoconservadora, porque es un atributo del status que se transmite de generación en generación. Weber advierte que a pesar de que la fuente original del status es el éxito económico, un sistema de status, una vez que existe, funciona independientemente del sistema de clases e incluso niega sus valores. Esto explica, según Weber, algunos fenómenos aparentemente sorprendentes que ocurren en las sociedades industriales: uno de ellos es el hecho de que las personas en posiciones privilegiadas catalogan de vulgar el afán de ganar dinero; otro es el cambio de giro frecuentemente observado en las clases altas de una actividad comercial a una no comercial.

Otro aspecto relevante de la teoría de Weber para la presente discusión tiene relación con el poder y el papel de las burocracias en los Estados modernos. Para Weber, el fundamento primordial del poder en la sociedad moderna no se encuentra en la propiedad de los medios de producción. Argumenta que la creciente complejidad de la sociedad moderna industrial conduce al desarrollo de grandes burocracias, y que el Estado moderno se convierte en la institución dominante en tales sociedades. Las burocracias, señala Weber, se tornan cada vez más interconectadas e independientes y, como todas las instituciones sociales se burocratizan, el Estado comienza a obtener un mayor control sobre las instituciones.

Para Weber, la burocracia es la clave de la jerarquización de la estructura de poder en el sistema de estratificación de la sociedad industrial, y esto lo conduce a formular una causal de alienación diferente a la de Marx: la burocracia, en su opinión, tiene una tendencia inherente a destruir la autonomía del hombre. Weber señala que el crecimiento de

la burocratización trae consigo la separación de los papeles de otras actividades, con consecuencias socialmente destructivas. Sostiene que mientras el individuo está dentro de la burocracia debe ajustarse a las reglas de la eficiencia y a otros objetivos impersonales, y no obtiene guía alguna acerca de cómo comportarse en otras actividades. Weber parece haber pensado que la parte no burocrática de la vida estaba cada vez menos regulada, en tanto que las estructuras burocráticas estaban siendo cada vez más reglamentadas. De ahí que la hipótesis de Weber podría quizás ayudar a explicar la contradicción entre la pasión con que los miembros de la nueva clase tratan de establecer normas de comportamiento, generalmente consideradas como pertenecientes a la esfera privada, en tanto que, al mismo tiempo, suscriben los valores de la autorrealización abogados por la cultura adversaria. En definitiva, Weber parece haber estado consciente de la tendencia contemporánea a extender la esfera pública, mientras que la esfera privada está cada vez menos regulada y más permisiva.

Siguiendo esta línea interpretativa weberiana, Lipset explica que es más útil conceptualizar la estratificación en términos multidimensionales, y que las dimensiones relevantes se pueden agrupar en tres categorías: status objetivo, conciliado y subjetivo.¹⁰ Luego señala que la relación entre las diferentes dimensiones de la estratificación varía en los distintos tipos de sociedades y en diferentes períodos, pero que probablemente es más débil durante los períodos de acelerado cambio social que traen consigo el surgimiento de nuevos estratos ocupacionales. Una sociedad estable es aquella en donde las diversas dimensiones de la estratificación están estrechamente correlacionadas. No obstante, Lipset estima que la sociedad industrial tiene un sistema de estratificación que se caracteriza por amplias contradicciones entre la clase (o el status conciliado) y el status objetivo, y entre éstos y los atributos subjetivos del status.¹¹ La sociedad posindustrial, por otra parte, se caracteriza por un considerable crecimiento de los sectores de empleados, tecnológicos y de servicios de la economía, y por una disminución relativa de los empleos a nivel obrero. Lipset señala que en la sociedad posindustrial se debilitan las relaciones entre las dimensiones de la estratificación. Descubre que, en estas sociedades, la recompensa económica o el poder están ligados a los logros educacionales, posición en la burocracia, acceso a la autoridad política y otros similares. La propiedad ha perdido importancia como medio para adquirir status y las quejas de alienación se escuchan más comúnmente entre los sectores educados de la clase media que entre los obreros.

Lipset piensa que "estas tendencias pueden revelar que un cierto grado del descontento políticamente más relevante en la 'sociedad afluyente' burocrática de los años sesenta, al parecer, es inherente a las tensiones sociales producidas por las *inconsistencias de status*".¹² Este concepto se deriva de la teoría de Weber, y se refiere a la situación de los individuos o de los grupos que están diferencialmente ubicados en varias dimensiones de la estratificación. Las personas en dicha situación están

expuestas a expectativas opuestas, por ejemplo, aquellas que tienen un alto nivel educacional, pero que están empleadas en cargos relativamente mal pagados. Estas personas tienden a estar más insatisfechas que aquellas cuyos atributos de estratificación son totalmente coherentes con su posición. La evidencia empírica respalda la siguiente hipótesis: entre los que están relativamente bien, aquellos con atributos de status discrepantes tienen una mayor probabilidad de favorecer el cambio en la estructura de poder y de tener actitudes más liberales e izquierdistas que aquellos con atributos de status que sean mutuamente consistentes.¹³ Lipset concluye que "el incremento de las discrepancias del status inherente a las situaciones de acelerado cambio social debe transformarse en un mayor descontento generalizado. . ."¹⁴

La sociedad posindustrial, sin embargo, se caracteriza por hacer menos hincapié en la clase social, es decir, por una menor distinción visible de estratos con un sentido de conciencia de clase. En estas sociedades es más probable que las diversas dimensiones de la estratificación operen en forma entrecruzada, aumentando el número de aquellos que están relativamente altos en algunos componentes de status y bajos en otros. Siguiendo este tipo de razonamiento, se puede establecer la hipótesis de que la inconsistencia de status entre los más acomodados va a producir actitudes favorables a las ideologías igualitarias. En particular, se debe considerar que los "especialistas en el manejo de símbolos" están en competencia con los empresarios y con los trabajadores, pues todos luchan "por seguridad, ingreso y deferencia en sociedad", como escribiera Laswell.¹⁵

El análisis precedente procura mostrar que lo que se llama "nueva clase" es más bien un grupo de status de la sociedad posindustrial que sufre de inconsistencia de status, y que tiende a respaldar actividades que lo incrementen, burocratizando y ampliando la esfera de acción pública. Más aún, puede afirmarse que este grupo de status forma parte de la clase media educada, pero funciona independientemente del sistema de clases, negando sus valores.

Siguiendo la línea de investigación establecida por Lipset, Everett Ladd se ha preocupado preferentemente de buscar bases empíricas para sostener la hipótesis recién enunciada. Ladd cree que "la idea de una nueva clase aparece en los últimos años porque los Estados Unidos ha iniciado un período de conflicto de clases muy distinto del que se hizo familiar durante la época del New Deal".¹⁶ Sostiene que desde la época de Roosevelt hasta mediados de los años sesenta, el conflicto central de clases en los Estados Unidos fue entre la clase media y la clase obrera. En ese entonces, la clase media tenía una inclinación conservadora —en el sentido que ese término tenía en la época del New Deal— y apoyaba al partido republicano, en tanto que la clase obrera tenía una inclinación al liberalismo¹⁷ y respaldaba a los demócratas. El análisis de los antecedentes proporcionados por Ladd indica que, en general, la gente con educación universitaria de ese entonces otorgaba un apoyo considerablemente menor a los programas sociales del New Deal que las personas con

educación primaria y secundaria. Ladd concluye que, "en general, los grupos con educación superior y de ingresos más altos de la época del New Deal representaban a una clase más conservadora dedicada a los negocios, en tanto que la gente que sólo tenía educación primaria o secundaria y aquellos en ocupaciones obreras formaban una clase obrera orientada moderadamente al cambio".¹⁸

El punto que Ladd plantea es que, en la actualidad, mucho de esto ha cambiado; de que el principal conflicto de clases ya no es entre la clase baja y la clase media, "sino más bien que la división se produce entre la clase media baja y la clase media alta".¹⁹ Luego describe este nuevo fenómeno en términos de una clase obrera "aburguesada", frente a la "intelligentsia". Este último concepto define a un grupo compuesto por todas aquellas personas cuya experiencia o vocación las asocia directamente con la aplicación de la inteligencia entrenada. No sólo incluye a los intelectuales, sino también a aquellos cuya preparación les da alguna habilidad para manejar ideas abstractas y cuyo trabajo los hace manipular ideas en vez de cosas. Por lo tanto, incluye a unos cuarenta millones de norteamericanos que han tenido educación universitaria. Según Ladd, la expresión ideológica de este conflicto se puede describir en términos de "neoconservadorismo" versus "neoliberalismo". Pero a la inversa de lo que eran las relaciones en el New Deal, ahora son los grupos de status más altos los más "liberales".

En opinión de Ladd, existen dos tendencias en la estructura social que han establecido el escenario para la gestación de una nueva forma de conflicto ideológico y de clase. Primero, la clase media alta en los Estados Unidos se ha ido transformando más en una "intelligentsia" que en un clase dedicada a los negocios. Vastos segmentos de la nueva clase media alta ya no defienden los valores de los negocios, y se integran como miembros de la nueva clase emergente que responde a valores intelectuales más que a valores de los negocios y a una orientación comercial. Ladd resume su posición en los siguientes términos: "Cada vez más vastos segmentos de la amplia nueva clase media alta —principalmente aquellos que ocupan las posiciones más acomodadas, más seguras y más estrechamente asociadas con la tecnología avanzada— se consideran a sí mismos como profesionales —hombres de negocios, administradores, ingenieros, contadores, abogados y otros similares—, todos respondiendo a valores y orientaciones intelectuales antes que a aquellas tradicionalmente asociadas a los negocios. Junto con su contraparte en el sector público, esta nueva clase media alta de profesionales se ha convertido en el corazón de la actual intelligentsia".²⁰

Ladd afirma que "el factor crítico" para definir a la intelligentsia como nueva clase ha sido la extraordinaria expansión de la educación superior después de la Segunda Guerra Mundial. Y los antecedentes disponibles son ciertamente sorprendentes: en la actualidad hay alrededor de diez millones de estudiantes matriculados en las universidades, cerca del cinco por ciento de la población total. Aproximadamente el treinta por ciento de la población adulta ha recibido alguna formación superior de

los 600 mil académicos que enseñan en las tres mil universidades de los Estados Unidos. Comparado con 1940, el número de estudiantes se ha multiplicado por siete.

Esta extensa población universitaria, sugiere Ladd, está diferenciándose progresivamente de una clase comercial: cerca del sesenta por ciento ocupa posiciones profesionales, y sólo el diecisiete por ciento ocupa cargos gerenciales.

La segunda tendencia importante en la estructura social es, según Ladd, la aparición de una nueva burguesía. Con esto quiere decir que la clase obrera, que en los años treinta abarcaba a muchos de los que "no tienen", se ha movido decisivamente hacia posiciones que "tienen" bienestar económico. En definitiva, afirma que la clase obrera se ha "aburguesado", es decir, se ha convertido en clase media baja. La razón fundamental de esto parece ser el aumento del ingreso medio de todas las familias norteamericanas, que se duplicó entre 1947 y 1972. Dado que la mayoría de las personas mejoraron su condición, Ladd espera que se vuelvan más conservadoras.

Luego de analizar la información disponible, Ladd descubre que la investigación empírica confirma decididamente su hipótesis de que existe un consistente y persistente conflicto entre la burguesía obrera y la clase media alta. La división ideológica entre estas dos clases es observable con respecto a la mayoría de las preocupaciones contemporáneas concernientes a interrogantes políticas y morales. Es posible resumir algunas de estas diferencias en torno a cuestiones importantes de la siguiente manera:

— La clase media alta es hostil a la sociedad establecida, a la cultura y a la moralidad, en tanto que la clase obrera aburguesada es conservadora.

— La clase media alta no sustenta los valores burgueses tradicionales —como el énfasis en el trabajo, en el ahorro, en la importancia de las adquisiciones materiales y otras similares— en tanto que la clase obrera sí defiende estos valores típicamente burgueses.

— La clase media alta es contraria al crecimiento económico —ambientalismo, por ejemplo—, enfatiza los valores no materiales y desprecia los valores de los negocios, en tanto que la clase obrera aboga por valores materiales y el crecimiento económico.

— La clase media alta favorece el crecimiento del Estado, en tanto que la clase obrera sólo apoya aquellos programas característicos de la época del New Deal, pero le preocupa la inflación y el impacto de los nuevos programas de gasto público.

Ladd concluye que "la educación es el factor clave para definir las actuales divisiones de clase".²¹ Dado que muchos de los integrantes de

la clase obrera han alcanzado un status acomodado, las divisiones de clase dentro de la sociedad norteamericana no surgen directamente de los intereses económicos. Según los descubrimientos de Ladd, lo que más marcadamente distingue a la clase obrera de la intelligentsia es la aversión de esta última a aceptar los valores tradicionales y su perspectiva crítica de la sociedad.

La información proporcionada por Ladd muestra una consistente inclinación hacia posiciones liberales a medida que se tiene un mayor nivel de educación. El grupo constituido por aquellos con estudios de posgrado es así el más liberal. Los estudios de Seymour Martin Lipset confirman estos descubrimientos y agregan más información relevante acerca de la nueva clase.²²

Dado que la emergencia de la nueva clase a menudo está vinculada a la Universidad, y muchos autores incluso sitúan su base principal en el ámbito académico, Lipset también analiza estos hechos, porque la caracterización de un profesorado izquierdista ha sido puesta en tela de juicio por diversos críticos.

Lipset sostiene que la identificación del profesorado con la izquierda se funda en dos hechos importantes. El primero es que los profesores han sido más liberales o radicales que cualquier otro estrato. Lipset señala que, "a partir de 1972, los profesores han dado un mayor porcentaje de su votación a los candidatos demócratas y a los candidatos izquierdistas de terceros partidos, que otros grupos ocupacionales identificables".²³

La segunda razón por la cual se ha propagado la caracterización liberal del profesorado es que, según Lipset, la mayoría de los académicos liberales ocupan cátedras en las universidades de mayor prestigio y que tienen una mayor influencia política. Lipset encuentra evidencia empírica que le permite afirmar que las tendencias de izquierda son predominantes entre los profesores más productivos de las universidades de mayor prestigio, entre aquellos que ocupan posiciones claves en la investigación y en los programas de graduados, y entre los científicos sociales.

La investigación de Ladd-Lipset de 1977 indica que casi tres quintos del profesorado en el área de las ciencias sociales y humanidades se identifica como liberal o de izquierda, comparado con el cuarenta y uno por ciento de los científicos naturales, con el veintinueve por ciento de los profesores de las escuelas de leyes y de administración, con el veintinueve por ciento de los profesores de las escuelas de ingeniería y administración y con el trece por ciento de los profesores de agronomía.²⁴

Lipset concluye que "mientras es posible afirmar que los académicos, en su totalidad, no constituyen una mayoría liberal, su segmento más visible públicamente, los profesores de ciencias sociales de las principales universidades, se encuentra muy a la izquierda de una profesión cuyo enfoque es considerablemente más liberal que el de otros segmentos de la sociedad norteamericana. Por otro lado, también es cierto que muchos conservadores integran el ámbito académico pero, no obstante, están concentrados en el sector menos visible de él, es decir, en las univer-

sidades de menor status y en las facultades profesionales, constituyendo el grupo menos involucrado en política".²⁵

Los estudios hechos por Ladd y Lipset indican que la intelligentsia ha desarrollado una actitud intelectual adversaria, un fenómeno que se puede interpretar como el desarrollo de la conciencia política de clase. Lipset sostiene, sin embargo, que a pesar de que existe un paralelo entre la intelligentsia de oposición y una conciencia marxista de clase obrera, las diferencias son significativas. Mientras el proletariado se dedica a la producción de bienes materiales, tiene un status bajo, no tiene poder político y desarrolla potencial revolucionario porque es una clase explotada, la intelligentsia está empleada en la producción de bienes no materiales y en la creación de símbolos, y es relativamente acomodada, si no privilegiada, en lo que a ingresos y prestigio se refiere.

Sin embargo, Lipset señala que en la medida que los intelectuales constituyan una intelligentsia crítica, tienen un gran potencial para inducir al cambio social, político y cultural. En consecuencia, se puede decir que los intelectuales constituyen una clase revolucionaria, particularmente si están organizados. Muchos tienen influencia sobre otros grupos de élite. Además, la creciente importancia de la ciencia ha contribuido a un aumento de la significación política de los intelectuales.

El mayor impacto de los intelectuales y de la comunidad universitaria en el cuerpo político no es simplemente función de su mayor número, de los servicios que ellos prestan, o de su mayor prestigio social. Para Lipset, su creciente influencia en el gobierno, en las iglesias, en los negocios y en los medios de información, está en su capacidad de certificar a otras élites de ser técnicamente competentes, mediante el control de la educación formal. Dado que los intelectuales más prestigiados tienen una desproporcionada inclinación hacia la izquierda, pueden influir en las creencias de las personas menos involucradas en política. Los complejos cambios que están sucediendo en las iglesias tienen una diversidad de causas, pero Lipset cree que una de las causas primordiales es la creciente tendencia de los dirigentes de la iglesia a sentirse "intelectuales", y a tratar de obtener la aprobación de los líderes del mundo intelectual, que son también la fuerza principal detrás del proceso de secularización.

El hecho de que la élite controle los medios de comunicación es una clara señal para Lipset de que están influenciados por el mundo intelectual y universitario. Entre los periodistas y radiodifusores existe una progresiva tendencia a sustentar los mismos valores y orientaciones políticas que los intelectuales críticos. Encuestas de opinión demuestran que son mucho más izquierdistas que el público. Un tercer grupo de élite sobre el cual la comunidad intelectual ejerce una creciente influencia está formado, según Lipset, por la burocracia estatal. Esta depende cada vez en mayor medida de la experiencia universitaria, y sus miembros han desarrollado estrechas relaciones con el mundo académico. Estudios recientes indican que los funcionarios públicos de carrera, que ocupan los cargos de mayor importancia, son predominantemente liberales. Un cuarto grupo cuya progresiva tendencia liberal está vinculada con el impacto de los

valores sustentados por los académicos es el poder judicial. Además, es perceptible que la influencia de la conciencia liberal se ha extendido incluso a la administración de empresas.²⁶

A pesar de que ciertos críticos liberales como Peter Steinfels sostienen que la descripción presentada por Ladd y Lipset respecto del carácter ideológico de la comunidad académica es completamente errónea, tales críticas sólo son posibles sobre la base de una tergiversación y distorsión de los hechos.²⁷ En efecto, Steinfels propone que los antecedentes proporcionados por Ladd y Lipset sean analizados desde otra perspectiva, haciendo caso omiso de las diferencias políticas entre las disciplinas y entre los profesores más o menos prestigiados. Si hacemos esto, argumenta, descubriremos que los académicos constituyen sólo una "oposición muy leal" a las normas y creencias predominantes.²⁸

Dado que pasar por alto estipulaciones y calificaciones críticas no constituye un método de refutación, generalmente aceptado, deseo finalizar este capítulo concluyendo que los estudios empíricos mencionados proporcionan antecedentes que ponen de manifiesto que se han producido cambios críticos en la estructura de la sociedad norteamericana, los cuales están relacionados con cambios culturales significativos, particularmente con la adopción, por parte de la alta clase media, de una cultura adversaria.

III. *La interpretación cultural de la nueva clase*

El uso del concepto de "nueva clase" para denominar a un grupo cuyas características fueron esbozadas en el capítulo anterior, mezcla dos fenómenos diferentes: el surgimiento de un nuevo estrato social y una actitud cultural. Los defensores de la idea de una nueva clase creen que estas dos tendencias están íntimamente relacionadas, y el problema entonces consiste en determinar el tipo de relación entre ellas.

Para los propósitos de este trabajo, he clasificado los diferentes enfoques respecto de este problema en dos amplias categorías, que denomino las explicaciones sociológicas y las culturales. Las propuestas del primer tipo enfatizan que los cambios en el modo de producción y en la estructura social determinan de una u otra manera las creencias o actitudes de los grupos sociales, en tanto que las explicaciones del segundo tipo enfatizan la cultura como una variable independiente. En resumen, el primer tipo trata de obtener una explicación causal para el cambio cultural en la base social, mientras que el segundo sólo ve interrelaciones, pero no interdependencias entre la esfera cultural y la social.

Se puede decir que el uso del concepto "nueva clase" requiere de una clarificación desde un punto de vista sociológico, y que el enfoque basado en un análisis de clase tiende, en general, a establecer suposiciones deterministas con el fin de explicar la relación entre un estrato social y una actitud cultural. En definitiva, este tipo de explicación tiende a concluir que la ideología es la expresión del interés de una clase. Aaron

Wildavsky, por ejemplo, trabaja con la proposición marxista según la cual la nueva clase procura obtener privilegios, y dada esta premisa, descubre que su ideología puede ser interpretada como una justificación para el uso de fondos públicos para servir sus intereses de clase.²⁹ Dado que la nueva clase es la productora de cultura, la cultura adversaria aparece entonces como una consecuencia de los cambios en la estructura social, es decir, como una variable dependiente de las tendencias existentes en la esfera social y económica. De la misma manera, la hipótesis de Lipset acerca de la inconsistencia de status no parece proveer una explicación generalmente aceptada para el surgimiento de la nueva clase y su vinculación con la cultura adversaria. Quizás la mejor forma de evitar los escollos que presenta la explicación sociológica sea seguir la hipótesis de Weber sobre la afinidad electiva. Tal como se plantea en el capítulo anterior, Weber piensa que el desarrollo de un estado de conciencia de interés común de un grupo es siempre una pregunta empírica, y que el estado de conciencia de clase depende del clima cultural de una sociedad dada. En todo caso, mi opinión personal es que las explicaciones sociológicas, si bien ilustrativas, no son muy satisfactorias para explicar la relación entre nueva clase y cultura adversaria.

Las explicaciones culturales, por otra parte, suponen que las ideas tienen un desarrollo independiente, una irradiación propia, que puede estar relacionada a cambios en otras esferas, pero cuya influencia no se puede establecer de manera determinista. La premisa básica de este planteamiento es que la cultura y las ideas son importantes, como variables independientes, y que el cambio cultural siempre precede a los cambios en la estructura social y económica. F. A. von Hayek, por ejemplo, insiste que en todos los países que se han movido hacia el socialismo, esta tendencia ha sido precedida por un período en el cual los ideales socialistas gobernaban el pensamiento de los intelectuales más activos.³⁰

La explicación cultural ofrecida por Daniel Bell consiste en considerar el problema de la nueva clase como una extensión de la discusión iniciada por Joseph Schumpeter en torno a los intelectuales.³¹ Como se dijo en la introducción, Schumpeter sostiene que el capitalismo socava su propia cultura. Esta base cultural del capitalismo, de acuerdo a Schumpeter, se funda en una ética utilitaria, en una concepción no heroica y racional de la vida. Dado que "la bolsa de comercio es un pobre sustituto del Sagrado Grial", los intelectuales toman la delantera en el ataque al sistema. Los intelectuales prefieren una visión heroica de la vida humana, pero la actitud racionalista y la glorificación de la vida privada que caracterizan a la ética burguesa son lo opuesto a la acción espontánea y romántica, y es este último tipo de comportamiento el que obtiene aprobación de los intelectuales. Schumpeter cree que los intelectuales son muy influyentes porque la masa nunca desarrolla opiniones definidas por iniciativa propia, ni tampoco es capaz de articularlas y de convertirlas en actitudes y acciones coherentes. Todo lo que la masa puede hacer es seguir o negarse a seguir el caudillaje ofrecido por los intelectuales. Pero Schumpeter también señala que las actividades de los gru-

pos intelectuales tienen incluso una relación más directa con las actividades anticapitalistas. A pesar de que los intelectuales rara vez son políticos profesionales, ellos se ubican en los equipos asesores, escriben panfletos y discursos para los partidos, actúan como consejeros y hacen otros trabajos similares. Esto les permite estampar su modo de pensar en casi todo cuanto se está haciendo.

Daniel Bell nos proporciona una nueva elaboración de la tesis de Schumpeter.³² Distingue varias esferas de acción: tecnoeconómica, política y cultural, y argumenta que nosotros estamos enfrentados en la actualidad a una seria disyunción de estas esferas. A pesar de que las relaciones entre ellas son indeterminadas y complejas, Bell sostiene que el capitalismo y la democracia han estado unidos históricamente, reforzándose uno a otro, y destacando al individuo como el elemento central. Durante el período del nacimiento del capitalismo, Bell descubre que los principios axiales de los diferentes dominios son armoniosos y se refuerzan entre sí, a pesar de que, tal como se dijo antes, Bell no postula ninguna determinación teórica entre ellas. Bell sostiene que en la época contemporánea predomina una desarticulación o dislocación de estos dominios, y que existe más bien una relación mutuamente subversiva que de refuerzo. Según Bell, el principio axial de la economía es el racionalismo funcional; el principio medular de la política es la representación, y el principio central de la cultura es la autoexpresión y la libertad extrema. Estos tres principios son incompatibles, según Bell, y su disyunción constituye la base del conflicto contemporáneo.

En otro lugar, Bell afirma que el año 1945 marca el inicio de un nuevo período axial en la historia de Occidente, y que hay cuatro cambios históricos significativos para la discusión de la idea de nueva clase.³³ El primero es el desaparecimiento de toda influencia derechista, reaccionaria o profascista en la comunidad intelectual. Bell relaciona esto con el carácter de "guerra justa" de la Segunda Guerra Mundial, y con el consecuente desprestigio de los intelectuales asociados a esas causas. En segundo lugar, Bell menciona la manifestación de rasgos posindustriales en el orden tecnoeconómico. Los valores posindustriales, según Bell, muestran una creciente aversión al materialismo y hacen mayor hincapié en la calidad de vida y en el refuerzo del liberalismo básico que ha predominado en Occidente en los últimos cincuenta años. Otros aspectos estructurales del posindustrialismo provienen de cambios tecnocientíficos en la organización de la economía. Los aspectos más importantes son el centralismo estratégico de la información y del conocimiento, las recientes innovaciones en el papel del conocimiento teórico, la progresiva importancia de las industrias basadas en la ciencia y el uso de la tecnología intelectual.

El tercer cambio significativo es la revolución en la educación, y el último se refiere al nacimiento de la cultura adversaria, tal como la describe Lionel Trilling. Estos cuatro cambios en la cultura y en la estructura social enmarcan la pregunta acerca del carácter de la nueva

clase, según Bell. Asevera que "si la propiedad y la herencia constituyen la base y el modo de acceso al sistema capitalista, entonces la habilidad técnica y la educación son la base y el modo de acceso a posiciones de poder/autoridad/influencia y la recompensa en el sistema posindustrial".³⁴ Pero Bell no piensa que aquellos cuyas posiciones se basan en la destreza y en la educación tengan suficiente interés común como para formar una clase. Para Bell, "es cuestionable si el bloque amorfo denominado 'estrato del conocimiento' tiene suficiente comunidad de intereses como para formar una clase. . ."³⁵ Sostiene que si uno intenta identificar al sector de información y al de conocimiento, partiendo de la estructura social, descubre diferentes estratos con distintos intereses. Afirma, además, que los intereses económicos no son necesariamente la determinante decisiva de las actitudes culturales, y que "cualquier esfuerzo por correlacionar el status social o el interés económico con posiciones en materias culturales está destinado a ser confuso".³⁶ Y esto lo conduce a afirmar que "si es que existe algún significado ligado a la idea de 'nueva clase', tal como lo proponen Bazelon, Kristol y otros, no se le puede situar en las formas socioestructurales; se le debe buscar en las actitudes culturales. Es una mentalidad, no una clase".³⁷

Luego Bell señala que la mentalidad cultural dominante en el mundo occidental es la idea del "yo antinómico", es decir, que el individuo es la fuente de todo juicio moral, y la experiencia, la fuente del entendimiento. Agrega que la idea de una "identidad auténtica" es la norma que los individuos siguen ahora, "liberándose" de todas las restricciones institucionales. Bell concluye que la nueva clase está compuesta por individuos que han llevado la lógica de la cultura moderna a su fin; que no es una nueva clase en ningún sentido socioestructural, pero que "es el punto final de una cultura en desorden".³⁸

Las explicaciones culturales, al igual que las sociológicas, subrayan diferentes características al definir el término de "nueva clase", y, por lo tanto, hacen más o menos inclusivo al grupo que definen. Adoptando algunos de los principios de Schumpeter y coincidiendo en cierta medida con Bell, Jeane Kirkpatrick ofrece una caracterización de la nueva clase que no centra el énfasis en la ideología liberal, sino en otras características más amplias que son válidas para los intelectuales de diferentes convicciones políticas. Utiliza el término "nueva clase" para designar a un grupo con dos preocupaciones políticas características: "el control del universo simbólico y la relación entre lo ideal y lo real".³⁹

De acuerdo a esta definición, la nueva clase se puede reconocer por su relación con la cultura y no por sus características socioeconómicas. Al igual que Schumpeter, Jeane Kirkpatrick argumenta que los representantes de la nueva clase "se encuentran con menos frecuencia en la cúspide del gobierno y de la política que entre el más populoso estrato de segundo nivel que circunda, apoya y condiciona a las personas que ocupan los cargos públicos de mayor rango".⁴⁰ Además, señala que el poder de la nueva clase ha aumentado en años recientes y que hay varias consecuencias importantes a raíz de este incremento: una disminución del con-

senso, la progresiva incorporación de fuerzas culturales más amplias en política, y un creciente uso del poder del gobierno para obtener fines racionales. En la política racionalista predominan las interrogantes intelectuales que tienen relación con asuntos de justicia e injusticia en la historia, en tanto que en la política tradicional de "mercado" predominan el interés económico y la capacidad de ajustar la distribución de bienes. Jeane Kirkpatrick argumenta que el creciente poderío de la nueva clase está ligado a un proceso de reorientación institucional, en el cual la política se preocupa más de cuestiones morales que de la distribución de bienes. Para la política racionalista, sin embargo, el compromiso es muy difícil de alcanzar porque las cuestiones morales e ideológicas constituyen un asunto de principios, y comprometerse es equivalente a traición y error.

Los miembros de la nueva clase, de acuerdo a esta concepción, son los guardianes del ambiente simbólico y enfatizan la destreza verbal no por que tengan un interés consumado en ella, sino porque son muy sensibles a los aspectos del medio ambiente en el cual sus predisposiciones y destrezas son más relevantes. Pero esto, por supuesto, aumenta el precio de sus talentos. Jeane Kirkpatrick afirma que la nueva clase ha adquirido mayor influencia política "porque muchos de sus miembros estiman que las políticas públicas son importantes para sus destinos privados, y porque piensan que tienen la misión pública de criticar (y más recientemente, de defender) la cultura política dominante; porque ellos tienen destreza (para analizar, criticar, moralizar y persuadir) y otros recursos (los medios de comunicación y las instituciones educacionales) necesarios para comunicar este tipo de misión, y porque tienen hoy una audiencia, producto de la educación superior masiva, que es, por lo menos potencialmente, sensible e impresionable con sus reclamos y críticas".⁴¹

Esta caracterización de la nueva clase, y su creciente poder político, reúne, a mi juicio, los aspectos más relevantes discutidos en las páginas precedentes. Pero Jeane Kirkpatrick, además, sitúa la discusión en torno a la nueva clase dentro de un contexto histórico. Argumenta que la nueva clase ha adquirido mayor importancia recientemente a raíz de los profundos trastornos culturales de la sociedad contemporánea, que son característicos de los períodos de acelerado cambio. Durante estos períodos se cuestionan la autoridad y la legitimidad, y los intelectuales participan en un proceso de "demoralización" y "remoralización" de la política y de la sociedad. "La demoralización pone de manifiesto las creencias y lealtades que mantienen unida a una sociedad y las somete a una crítica comprensiva a la luz de suposiciones abstractas y racionalistas; la remoralización provee de nuevos mitos y de nuevas autoridades".⁴² Este ataque a la autoridad política provoca una reacción que desemboca en una intensa lucha política que acrecienta la importancia de la nueva clase. Se desprende de lo anterior que los miembros de la nueva clase están divididos entre aquellos que critican las creencias básicas y las instituciones de la sociedad actual, y aquellos que defienden los símbolos de legitimidad, representados por la cultura política existente.

Dado que para Jeane Kirkpatrick una posición de izquierda no caracteriza ideológicamente a la nueva clase, ella sostiene que los miembros de la nueva clase tienden a compartir algunas orientaciones que trascienden sus diferencias políticas. Afirma que "la característica común más importante es una marcada tendencia hacia un enfoque político racional, moralista y reformista. Entre ellos, el más fundamental es la tendencia hacia el racionalismo y la creencia de que la realidad refleja y debe reflejar una concepción de la historia".⁴³ Esto quiere decir que los miembros de la nueva clase usan un criterio historicista para juzgar los procesos políticos y las instituciones, siguiendo la esperanza de Hegel de que lo ideal se pueda realizar al fin en la historia. El objetivo del reformista de la nueva clase, por lo tanto, es hacer concordar la realidad con lo ideal, es decir, con principios abstractos.

En enfoque racionalista es tan antiguo como *La República* de Platón, y la crítica de Aristóteles es aproximadamente la misma en la actualidad. Aristóteles argumenta que Platón no toma en cuenta la naturaleza humana, que sobreestima sus posibilidades de maleabilidad, y que la experiencia enseña a no sacrificar bienes reales en pro de ideales ilusorios concebidos solamente por la razón.

Jeane Kirkpatrick señala que, en política, el racionalismo tiene una estrecha vinculación con el extremismo y con la utopía. Esto es así porque el racionalismo tiende a confundir el reino de la abstracción con el de la experiencia, lo que conduce a una sobresimplificación de los procesos sociales, "porque los principios no son nunca tan complejos o ingobernables como la experiencia". Pero el racionalismo también ignora la distinción entre lo posible y lo probable. Además, el racionalismo tiende a favorecer esquemas diseñados para maximizar un valor, pasando por alto la complejidad de las instituciones políticas, y minimizando así otros valores no menos deseables. "La inexpresable complejidad de las sociedades humanas actuales obstaculiza la realización de las ideas, y la diferencia entre los principios y los sistemas sociales actuales hace de los principios y de las ideologías un mal programa para la política. Pero la nueva clase contemporánea de los Estados Unidos tiene gran interés en la ideología y poco en el estudio más práctico de la historia".⁴⁴ Siguiendo a Schumpeter, Jeane Kirkpatrick también hace hincapié en el hecho de que los miembros de la nueva clase rara vez tienen alguna experiencia práctica con las instituciones que critican.

Jeane Kirkpatrick sospecha que el racionalismo es también la causal más importante de la cultura adversaria. Escribe que el hábito de comparar las instituciones y las prácticas con patrones abstractos conduce al rechazo del actual estado de cosas. Desde esta perspectiva, la realidad es siempre deficiente, lo cual crea las condiciones para que surja una cultura adversaria. Por lo tanto, en la política contemporánea predomina el descontento con el statu quo, que nace de esta visión de lo posible, propia de la nueva clase. Esta tendencia utópica también responde a la ideología liberal que predomina en los círculos de la nueva clase. "El hábito de contraponer prácticas existentes con principios abstractos inevi-

tablemente conduce a un descontento con el statu quo, y la creencia de que se puede hacer concordar la realidad con los principios crea una predisposición a actuar con el fin de remediar las situaciones insatisfactorias".⁴⁵ Jeane Kirkpatrick concluye que el racionalismo, el optimismo y el activismo son las causas de la acción política liberal y radical, como también las características de la política de la nueva clase. Y agrega que la tendencia a considerar deficiente la realidad también conduce a una política de tipo moralista.

Una última característica de la nueva clase que quisiera mencionar tiene relación con la tentación totalitaria del racionalismo. Jeane Kirkpatrick señala que "hasta algún momento hacia mediados de los años sesenta, la reforma surgía en respuesta a un mal concreto. A partir de entonces, más y más reformas han sido estimuladas por los objetivos reformistas y no por los deseos de los grupos afectados".⁴⁶ Para la tradición liberal, el individuo es la unidad de análisis y de acción, y la idea de democracia está basada en la premisa de que la gente común está más capacitada para juzgar su propio interés que cualquier gobernante. La justificación de la dictadura, por otra parte, se basa en la creencia de que la gente común no sabe realmente qué es bueno para ella, y que un rey filósofo, en virtud de su sabiduría superior, tiene el derecho para determinar el interés de todos. Tal como el rey filósofo de Platón, los miembros de la nueva clase tienden a creer que ellos pueden usar el poder político para moldear la sociedad de acuerdo con sus principios racionalistas.

Quisiera concluir este trabajo señalando que el concepto de "nueva clase" invita a un análisis sociológico que, en mi opinión, es menos satisfactorio que el enfoque cultural. A pesar de que se puede sostener que algunas características relevantes de la nueva clase se pueden derivar del análisis sociológico, también es cierto que la interpretación más coherente de la situación que envuelve el surgimiento de la nueva clase, y su mentalidad particular, se obtiene cuando se toma a la cultura como una variable independiente. En consecuencia, es posible argumentar que el concepto de "nueva clase", es engañoso porque se centra en variables sociales, en tanto que las variables culturales son herramientas explicativas más relevantes.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism* (New York: Oxford University Press, 1981), Vol. 3, pág. 157 y ss.
- 2 Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (New York: Harper and Bow, 1975), p. 146 y ss.
- 3 Lionel Trilling, *The Liberal Imagination* (New York: The Viking Press, 1950).

- 4 Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism* (New York: Basic Books, Inc. Publishers, 1976).
- 5 International Encyclopedia of the Social Sciences, Vol. 15, p. 297
- 6 Irving Louis Horowitz, "On the Expansion of New Theories and the Withering Away of Old Classes" (Societu, enero/febrero de 1979, p. 56).
- 7 Ibid.
- 8 Ibid.
- 9 Para la caracterización del pensamiento de Weber véase Reinhard Bendix, *Max Weber* (Berkeley: University of California Press, 1977), especialmente el capítulo 4.
- 10 Lipset, *op. cit.*, pp. 310-312.
- 11 Lipset, *op. cit.*, p. 313.
- 12 Ibid.
- 13 Ibid.
- 14 Ibid.
- 15 R. Bruce-Briggs, *The New Class?* (New Brunswick: Transaction Books 1979), p. 14.
- 16 Everett C. Ladd, Jr., "Pursuing the New Class: Social Theory and Survey Data" (In B. Bruce-Briggs, *op. cit.*), p. 101.
- 17 El vocabulario político norteamericano llama "liberal" a la persona de orientación socialdemócrata, y, en general, al que está en el lado izquierdo del espectro político.
- 18 Everett Ladd, Jr. "The New Lines are Drawn; Class and Ideology in America". (*Public Opinion*, Vol. I, N° 3, 1978), p. 49.
- 19 Ibid.
- 20 Ibid.
- 21 Ladd, *op. cit.*, p. 53.
- 22 Seymour Martin Lipset, "The New Class and the Professoriate" (In Bruce-Briggs, *op. cit.*).
- 23 Lipset, *op. cit.*, p. 73.
- 24 Lipset, *op. cit.*, p. 75.
- 25 Lipset, *op. cit.*, p. 76.
- 26 Lipset, *op. cit.*, pp. 77-84.
- 27 George W. Carey, "The Neoconservative: Liberal View, Conservativ Response" (*Modern Age*, Vol. 24. N° 3, Summer 1980).
- 28 Peter Steinfels, *The Neoconservatives* (New York: Simon and Schuster, 1979), p. 208.
- 29 Aaron Wildavsky, "Using Public Funds to Serve Private Interests: The Politics of the New Class" (In Bruce-Briggs, *op. cit.*).

- ³⁰ F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*.
- ³¹ Daniel Bell, "The New Class: A Muddled Concept" (In Bruce-Briggs, *op. cit.*), p. 170.
- ³² Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism* (New York, 1975).
- ³³ Daniel Bell, "The New Class: A Muddled Concept" (In Bruce-Briggs, *op. cit.*), p. 174.
- ³⁴ Bell, *op. cit.*, p. 181.
- ³⁵ Bell, *op. cit.*, p. 182.
- ³⁶ Bell, *op. cit.*, p. 186.
- ³⁷ Ibid.
- ³⁸ Bell, *op. cit.*, p. 187.
- ³⁹ Jeane Kirkpatrick, "Politics and the New Class" (In Bruce-Briggs, *op. cit.*), p. 33.
- ⁴⁰ Ibid.
- ⁴¹ Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 35.
- ⁴² Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 36.
- ⁴³ Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 37.
- ⁴⁴ Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 38.
- ⁴⁵ Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 39.
- ⁴⁶ Jeane Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 46.